

Problemas sin solución

El destino y la situación actual de Chipre se han estado decidiendo en la conferencia de Ginebra sin una verdadera participación de la población chipriota: situación más bien incongruente para un país soberano con asiento en las Naciones Unidas. Tres países han intervenido, y continuarán discutiendo el tema, por sí solos y dentro de la ONU: Gran Bretaña, en virtud de sus bases y privilegios que le valen su condición de antigua nación colonizadora, Grecia y Turquía. Aquélla, autora del golpe de Estado que expulsó a Makarios; ésta, por el contragolpe y el desembarco en la isla. Grecia y Turquía se dicen representantes de las minorías étnicas de la isla, lo cual no es muy exacto: la población griega, por lo menos, está tan dividida entre sí como para no haber consolidado el golpe de Estado, aunque es posible que tras el cambio de régimen en Atenas quienes hasta ahora rechazaban la idea de enosis, por no quedar sometidos a una dictadura, cambien ahora sus puntos de vista.

La solución que parece lógica, sobre todo tras el cambio en Atenas, parece la de retrotraer la cuestión al momento anterior al golpe y reinstalar en el poder al arzobispo Makarios. Era la solución que preconizaba Grecia en los primeros momentos del nuevo régimen, según las declaraciones apresuradas de Karamanlis, pero ahora parece haber cambiado de postura. Tampoco los turcos están muy dispuestos a aceptarla: una vez que han dado el paso hacia adelante, hasta el punto de guerra, parecen querer sacar algún provecho de su acción. Parece que toda su acción diplomática se refiere ahora a la partición de la isla y al mantenimiento indefinido de sus fuerzas de desembarco, unidas al pequeño destacamento turco que estaba ya en Chipre. Su razón es la de que aun con el arzobispo Makarios, considerando a éste como el gobernante más abierto posible, y el más tolerante, las comunidades de idioma turco y religión musulmana han estado siempre sujetas a una discriminación. Y porque tiene la seguridad de que sea cual sea el régimen que impere en Atenas, la influencia griega sobre Chipre y la idea del irredentismo y de la enosis no cambiarán nunca. En efecto, aun dentro de la exaltación de la situación nueva, los griegos siguen culpando a Turquía de agresión, echando sobre ella toda la responsabilidad de las violaciones de la tregua y considerando que la amenaza ancestral está latente.

Por lo tanto, el regreso puro y simple a la situación anterior no es suficiente, aunque sea lógico, porque precisamente la situación anterior estaba ya cargada de problemas. Para una estricta justicia sería preciso, en primer lugar, que los británicos abandonaran sus bases en Chipre y saliera de allí hasta el último de sus soldados; que Grecia y Turquía renunciaran definitivamente a su influencia y control al que tienen derecho por los tratados de independencia, y que en Chipre las dos comunidades cesasen de actuar como tales y no hubiera más que una categoría de ciudadanos, los chipriotas, con iguales derechos y obligaciones y gobernándose por sí mismos, aunque su economía no fuese en principio fácil. Pero esto no deja de ser un programa idealista.

Están por encima los intereses de las grandes potencias. Para los Estados Unidos, Chipre es una base ideal para la VI Flota y las bases británicas están consideradas como de la OTAN. El puerto para su armada pudo haberles sido ofrecido por el gobierno griego, y muy bien puede estar mantenida esa oferta ahora por Karamanlis, que es indiscutiblemente proamericano, como todos los ministros de su gabinete. Turquía puede, a su vez, hacer una oferta similar, bien en territorio turco, bien en la parte de Chipre sobre la que tuviera influencia si se llegase a una partición, a cambio recibiría ayuda americana para su solución ideal y, sobre todo, para la explotación del petróleo. La URSS entiende que la mejor defensa contra estos intentos es el regreso de Makarios, en cuyo neutralismo confiaba; pero en todo caso no le conviene indisponerse con Turquía, por cuyos estrechos sus navíos van hacia el Mediterráneo y con la que tiene una larga frontera. Podría, por lo tanto, apoyar la solución turca de partición de la isla y explotar el antlamericanismo de Ankara como consecuencia del reciente golpe de Estado chipriota, en el que Atenas estaba sostenida por la CIA y por los grupos belicistas de Estados Unidos.

No parece, por lo tanto, que la voluntad de los chipriotas y su posibilidad de un futuro pacífico estén siendo tomados en consideración por nadie. Ni que el problema pueda ser resuelto con rapidez. Las conversaciones de Ginebra no han sido más que el prelude sobre las condiciones de alto el fuego, aunque en ellas cada nación haya tomado ya posiciones para la negociación posterior. El futuro de Chipre es, por ahora, tan incómodo como su pasado reciente. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

ROMPER EL NEGOCIO

Vivimos tiempos raros. Incluso muy raros. Los contemporáneos no estamos capacitados para comprenderlos. Los historiadores, probablemente, los explicarán con cuatro elipsis, unos saltos de años, media docena de comparaciones y una teoría general. Leyendo a Toynbee uno entiende muy bien lo que les pasaba a los asirios, los mayas y las gentes que vivían bajo la dinastía Ming, los cuales, privados de la posibilidad de leer a Toynbee, fueron muriendo en completa perplejidad acerca de sí mismos. Quizá alguno de ellos se quedó alguna vez perplejo ante su papiro y escribió las palabras "vivimos tiempos raros". Incluso muy raros. Quizá alguno llegó a decir que la vida era "una historia de furor y ruido contada por un idiota", y se llamó tranquilamente William Shakespeare: los historiadores dirían después que no existió de verdad. Y otro, que "la historia no es más que una larga lista de crímenes y desdichas; en sus vastos dominios, los hombres honrados y pacíficos no figuran para nada", y tomó el "nom de plume" de Voltaire: creo que todavía leerle es un poco pecado. Lo fue muy grave: ahora es cosa de nada.

Parece que una de las posiciones más inteligentes que se pueden adoptar en este raro tiempo es la de hacerse el tonto. Es fácil: basta con dejarse llevar. Quizá no sea nueva: Pascal, mediando el siglo XVII, recomendaba una fórmula: "s'abruttir". Embrutécámonos. Ahora hay grandes oportunidades. Y rebajas de verano. Lean, lean ustedes las cosas que pasan en torno suyo. Enriquezcan su estupidez con la larga e increíble historia de Richard Nixon, vean cómo los griegos lanzaron un audaz golpe sobre Chipre, no pierdan la pista del general Amin en Uganda, escuchen al nuevo ministro griego de Defensa decir que lo peor del mundo es la subversión, cuando acaba de ser ministro gracias a la

subversión política de su país. No se pierdan los editoriales de estos días, que vienen buenos. No olviden la historia de la pera limonera pateada, no se pierdan la inflamación patriótica de las plumas bri-

llantes de nuestro país por la cuestión del partido de hockey en Portugal. No se pierdan los combates de boxeo en la televisión. Quizá oyeran ustedes a los locutores de la televisión lamentar insistentemente que un español tuviera que pegar a otro español, en el combate por el Campeonato de Europa entre Tony Ortiz y Pedro Fernández. Quizá oyeran ustedes, en esa transmisión, la voz de fondo incesante, hasta enronquecer, de un subversivo: "¡Rompe el negocio, Tony!", gritaba al ver los golpes del campeón perderse en el vacío. Y repetía, hasta que el dramático desenlace del K. O. (fuera de combate, por favor) le dejó sin tema: "¡Que tú eres un león, Tony! ¡Estropea el negocio!".

Romper el negocio, estropear el negocio... Un grito subversivo. O un grito de ingenio. Este gran negocio es irrompible, es indestructible. La estupidez tiene una infraestructura sólida, una estructura bien armada y una superestructura mesmerizante, que no permite más que la contemplación atónita. Y una productividad que no se deja alcanzar por la crisis mundial de la energía. Funciona sin petróleo. Aunque, desde luego, lo maneje. ¿Hay una historia más dramáticamente tonta que la historia del petróleo y Europa? Si, hay algunas más.

Y cuando hayan alcanzado ustedes la cima pasealiana del embrutecimiento, pongan alguna bomba en un cine, incendien alguna librería, escriban cartas de amenazas a algún periódico o a algún teatro. Confió en que se divertirán mucho. Sobre todo, porque ello les dará a ustedes un sentido de misión muy importante: el de evitar que alguien quiera romper el negocio. ■

POZUELO